

## El segundo general de los jesuitas vascos

En Agosto de 1981 el Padre Arrupe al llegar, al aeropuerto de Roma tras un viaje monástico por el Extremo Oriente, sufrió un ataque cerebral que le dejó incapacitado para el gobierno de la Compañía de Jesús. Poco antes había pedido a Juan Pablo II permiso para convocar Congreso General a la que presentar su dimisión. Era el primer general de los jesuitas que así lo ~~tenía~~ pretendía hacer, pero Roma no se lo concedió. Se suponía que un Congreso General convocado por Arrupe, no obstante que la mayor parte de sus miembros es elegida libremente por los votos, podía resultar demasiado arruista y ya Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II estaban preocupados por el ascenso de la Compañía de Jesús. En pocos más de diez años el padre Arrupe había logrado dar un vuelco a la Compañía de Jesús, como el Vaticano II lo había dado a la Iglesia. Y esto no debía de preocupar en Roma.

El Padre Arrupe decía más de una vez lo que se repetía de él en ciertos círculos: un vasco había fundado la Compañía de Jesús y otro vasco iba a terminar con ella. Quedaban enfrentados en esta sentencia Iñaco el de Loyola y Arrupe el de Bilbao. Ciertamente Arrupe no ha terminado con la Compañía de Jesús. Al contrario hizo lo que tenía que hacer para que la mayor orden religiosa de la Iglesia Católica reaprendiera su camino en un nuevo estilo para poder cumplir con las exigencias de los nuevos tiempos. Esto no era fácil y causó gran problema. No todos ellos se debieron al Padre Arrupe y a los cambios introducidos por él, aceptados por la Congregación General XXII, sino al nuevo espíritu de libertad que Juan XXIII introdujo en la Iglesia, en lo que se debe ver una de las razones principales, por ejemplo, de la gran cantidad de pedidos de vocaciones religiosas, pero sí algunos de ellos.

¿De qué se trata? Hasta el Vaticano II en la Iglesia y hasta el Padre Arrupe en la Compañía de Jesús la libertad de los hijos de Dios y de los cristianos era más una palabra

ocultados que me realidad. La gracia y la decisión personal estaban sobreprotegidas y sometidas a la ley y a la estructura institucional. Parece esto muy seguro, pero lo es en lo más cotidiano en lo que tiene menos futuro. La comparación más ilustrativa nos da de la biología de la evolución. Cuando las grandes tortugas encuentran una solución frente a las exigencias del medio el caparazón protector parece que se ha encontrado una solución ideal, pero esta solución limita enormemente no solo la acción de los quelonios sino toda posibilidad de evolucionar. La solución de los vertebrados introduciendo la columna vertebral al interior del organismo parece después al animal más indiferente, pero esa seguridad interna permite no solo mucha mayor acomodación a los retos del medio sino posibilidades indefinidas de evolucionar, que en un caso optativo dieron paso al hombre.

Pues esto es lo que proclamaron el Vaticano II en su canon XXIII para la Iglesia y el Padre Aouye para la Compañía de Jesús. Hasta entonces se vivía demasiado protegidos y angustiosos por el caparazón de lo conventual, de las reglas y de los reglamentos, del autoritarismo vertical, de las formalidades religiosas... Esto tenía sus ventajas, pero eran las ventajas de los quelonios. Era necesario convertir la protección aparente que era en realidad un gigantesco impedimento para responder al mundo por una vertebral interna, que sin desmoronarse del todo las costillas externas, fuera ante todo una respiración del espíritu interior, un depósito lleno por la fuerza del Espíritu en respuesta a la búsqueda evolutiva del mundo.

Esto es también lo esencial de la espiritualidad ignaciana. Frente al modelo anterior de orden religioso aquel tozudo vasco que fue San Ignacio quiso formar hombres fuertes por dentro, lanzados a la intemperie del mundo para que descubrieran soluciones nuevas que no podían prescribirse de antemano ni lejos del lugar de los hechos. Poco a poco esta generalidad fue rebatida y perseguida en aras de la seguridad, de la unidad y — por qué no decirlo — en aras de no molestar a los poderosos de este mundo, frente a estos

seleníticas o laicos, fueron papas y obispos o reyes y gober-  
nos. La fundación del espíritu evangélico y de las exigencias  
de la humana ser se sigue subterránea y revolucionaria.  
De ahí los intentos de mediación que se hacen a lo uno y a  
los otros y sobre todo a su conexión.

Esto es lo que pretendió Arouze. Confió en el espíritu y  
en la gracia, en la creatividad de las personas, en la  
inspiración más que en la reglamentación, en la confianza  
más que en la sospecha, en el riesgo a equivocarse más  
que en la equivocación de no avanzar. Fue de todo  
ello un ejemplo excepcional. Fue un gran imitador de  
espíritu renovador. Estaba tan poseído de Dios y sentía  
de tal forma la fuerza del Espíritu de Cristo que no le  
era nada difícil sortear a los demás su fuerza, su optimismo,  
su libertad creadora, su compromiso. No tenía que empujar.  
Le bastaba con ir por delante y avanzar. Los que confían  
más en la ley y el orden (law and order), los que no tienen  
su estatuto espiritual, no se lo pueden perder. Arouze  
les resultaba peligroso. Pero los que buscaban a fondo la renovación,  
los entendieron perfectamente dentro y fuera de la Compañía  
de Jesús.

Arouze descubrió también el mundo de hoy. Pero en una par-  
ticularidad. El mundo no se reduce a lo que se ve desde París,  
desde Europa ni siquiera desde Occidente. Había sido un  
hombre de la periferia minera y se daba cuenta, como  
se da cuenta hoy pronto Iguazu de Loyola o Francisco  
de Xaverio, que no se puede hablar del mundo ni menos de  
entenderlo sin hablar de China, Japón, la India y las In-  
dias. Bien estaban entonces Alcalá, la Sorbona o Roma, pero  
eso era muy poco para hablar de mundo o para entender la  
universalidad de la fe cristiana. Por eso aunque Arouze es-  
tá dispuesto a enfrentarse con todos los avances de la ciencia  
y de la cultura de hoy, no está dispuesto a olvidar el  
desafío del Tercer Mundo, sin el que no es comparable el  
estado actual de la humanidad.

Dos planteamientos fundamentales le presentaba esta aplicación  
del mundo. El primero ~~por~~ el de la inculturación. El contra-

mino en vez de des-culturizar a los pueblos a los que va - como he sido tantas veces el caso de los colonizadores cristianos - jobo que es peor, de someter a esos pueblos al dominio de Extrateros, dote el encasarse en las culturas y pueblos a los que va, como lo hizo el verbo - y de que no se han escandalado so - en el pueblo y la cultura de Indes. Se trata de un gigantesco esfuerzo que sorprende la estrechez de la esfera. Los actuales de la fe cristiana con claro empujamiento de esta sin pérdida de su identidad y que contribuya asimismo al empujamiento y salvación de esas culturas y de esos pueblos.

El segundo planteamiento es el que ofrece la pobreza y miseria del mundo fruto de la insolidaridad y de la injusticia. La famosa Congregación XXXII, una de las más importantes de la historia de la Congregación de Jesús, fundada por el Padre Arouze, dio un enorme relieve a la promoción de la justicia desde los pobres y para los pobres como exigencia ineludible de la fe. En la Iglesia de Occidente la fe y la justicia habían estado si no divorciadas - y cede una en busca de otro casamiento - al menos muy separadas. En vez de la justicia se iba por el camino de la caridad limosnara. Arouze y su Congregación quisieron dar un vuelco decisivo a esta situación verdaderamente escandalosa por la fe. De ahí a la opción preferencial por los pobres y a la teología de la liberación no hay más que un paso. Y ese paso se ha dado con escándalo de los hermanos mayores, pero con enorme alegría para quienes se habían apartado de la fe convertida según ellos en copia del pueblo. Basta estos pequeños brotes para mostrar la gigantesca contribución de este verso a la gran fundación de Iguer de Loyola. Lejos de desbordarla lo ha renovado y fortalecido de forma excepcional. Lo que hizo San XXIII con la Iglesia, lo ha hecho el Padre Arouze con la vida religiosa. Lo único que hay que tener, es que lo hecho por este verso universal vuelva a ser aceptado como por múltiples causas lo fue también a veces, la obra del otro general jesuita verso, el

juzgado Iglesia de Loyola. El que Arroya hace surtir  
 de muchos problemas y temores. No puede verse más que  
 ponderarmente. He sido el caso de la mayor parte de los  
 Santos cuando a su condición de tales añaden sin buscarlo  
 una gran capacidad de interpretación. Lo peor que pudiera  
 suceder es que entorpeciera su fuerza y su espíritu. No ve a  
 ser feal, no solo porque su ejemplo, sus escritos y la  
 transmisión de su fuerza sigue vigente en muchos jesuitas,  
 sino porque gran parte de los jesuitas actuales ha sido  
 profundamente transformada por los relativamente pocos años  
 de su generalato. La última Congregación General y el  
 nuevo general, Padre Kolvanich, han visto que en la  
 obra de Arroya está el deber de Dios. Y están decididos a  
 proseguir su obra.